

Cartas a los Poetas

Tercera Carta

I—SE HA QUEMADO LA CATEDRAL

II—SE HA QUEMADO EL REJOJ

I

No se ha parado el corazón del tiempo?

Mis queridos poetas:

Se ha quemado la Catedral. Y cómo os ha de llegar la carta que ya no os podré escribir?

Y aquí estoy otra vez con vosotros, después de cumplir con los tres días de duelo decretados por el Supremo Gobierno. Os escribo en el mismo papel no en el que pensaba escribir esta carta, pero sí en el que había puesto en la máquina para terminar una parte de la continuación de otra carta que, porque nunca se ha de terminar, la llamo última —ULTIMO CANTO: *Desde el Tiempo del Hombre*—, para luego escribiros la que ya tenía escrita en la mente de donde directamente la iba a copiar. Me estaba gozando en lo que os decía, después de haber puesto, siempre mentalmente: *Mis queridos poetas*. Ya no os llegará nunca esa carta...

Pero, no quedamos en que las cartas siempre llegan, aun las que no se mandan nunca, aun las que no se escriben? Entonces, sí, también os llegará de algún modo esa carta. Tal vez es esta misma que ahora escribo, aunque yo la crea tan distinta de aquella que no sé cómo os ha de llegar ni cómo he de poder yo escribir nunca.

Tenía puesto el papel para el ULTIMO CANTO, desde el Tiempo del Hombre. Ultimo canto es siempre aquel desde el que damos nuestro salto al siempre primero y Cantar Nuevo. Y desde el Tiempo del Hombre es siempre el punto de apoyo en que se afirma el ave eterna para su vuelo hacia el sin-tiempo.

En ese Ultimo Canto, desde el tiempo del hombre, yo había dicho:

La eternidad de un día:

En larga eternidad de un breve instante,

La eternidad de un día.

Y después:

...Su verdad que era él mismo

Desde su tiempo, en pasos sin medida,

La medida del antes y después que es el hombre,

Mientras, nacido a eternidad, es tiempo

Que en eternidad busca su medida:

*Desde el paso del tiempo que es el hombre,
Al ángel, fijo en él, de su sin-tiempo,
por el canto de un nombre.*

Mi nombre y mi tiempo a los que el tiempo en que escribía —Fiestas del Salvador— venía a dar la infinita luz de un nombre eterno:

*Esta es mi hora exacta:
—Medio tiempo.*

*Nadie podrá quitarme este momento
—eterno instante—:*

*Pensar en Jesucristo
—pensar que de algún modo que aún no entiendo
Dios ha encarnado en mí por Jesucristo...:
pensar que es El la vida de que vivo—
Y asomado a esta tierra, oír su Nombre
Y ver que toda tierra ha florecido.*

Esta es la tierra nueva de tu Nombre en el cielo:

*—El Salvador, Señor, El Salvador, su nombre
con tu Nombre me ha dicho.*

*Por esta tierra sé el nombre del cielo
Y El Salvador me dicta así su nombre.*

*Esta es la hora exacta:
—Medio tiempo
En que a un nombre otro Nombre le ha nacido.
Y en vez de alas, dos llamas,
Una roja, otra azul, vida y ensueño,
Un blanco de esperanzas en las nubes
Y la unidad, quietud total de cielo y tierra,
El nombre con las alas en reposo...
Para volar mejor, desde su tiempo
fijo, a su hora eterna.*

*Esta es la hora exacta:
—Medio tiempo:
El momento en que el cielo se ha callado en un Nombre
Para abrírsenos puro con el don luminoso de su vida
divina,
Sobre el tiempo del hombre, sobre el tiempo!*

No acabaría de copiar todo lo que hoy, a la luz de las llamas que vinieron, veo ya como oscuras adivinaciones del sentido nuevo y eterno que había de darle el incendio de nuestra Catedral, de aquel reloj, a lo que los días anteriores había escrito:

*Son dones del Espíritu Santo en la Rosa pura
 Los límites de fuego de la rosa:
 Nombres en los que el mundo se despierta
 Asombrado de haber amanecido en llamas...:
 Por tu Nombre será más bello el mundo.*

*Y no te olvides, hombre —tierra, cielo—,
 De que el tiempo es un punto sucesivo,
 Un punto para el salto al tiempo muerto
 Que es la eternidad viva
 Y es noble y es glorioso y es necesario, así,
 matar el tiempo.
 No te olvides que subes por todos los caminos
 A lo que es más que todo lo que es término,
 Al más allá del último
 Límite de hombre y tiempo —en pura llama—
 desde el tiempo del hombre.
 Y no te olvides, hombre, y no te olvides,
 Tierra, de que eres cielo, cielo, de que eres tierra...*

No te olvides de cómo te han llamado!

*Cómo le sabe a sal al mar su nombre!
 Cómo le sabe a sangre y fuego —a tierra
 Y cielo azul sin límites— al Salvador su Nombre!*

Y el final a que llegaba entonces:

*Y habré llegado a mí y habré llegado
 A Ti
 cuando me veas en mi cara
 A Ti
 cuando me digas en mi nombre
 —Cuando supo su nombre, aun sólo a medias,
 se le reveló al mundo—,*

*Cuando por mí, contigo, haya aprendido
 Todo y ya sólo sea una palabra
 Con la que mi fin llega a su Principio,
 Fin de lo que no acaba...*

*Mi alma —mía— se alzaré en tu llama
 Y será, en una luz, tu nombre mío.*

*Y todo lo he de ver revelado en un nombre
 Que está ya en él —revelador de esencias—,
 Como en el hombre el ángel —ángel de hombre—,
 Como lo que pasó en lo que me espera,
 Como yo en Ti, pasando, a Ti volviendo...
 Como Tú en mí...*

Quedaba ese verso roto que se había de reanudar en la página siguiente.

te. Puse el papel. Y en el momento en que iba a seguir, me sacaron de mí dos golpes en la puerta, tan suaves que no me hubiesen despertado si hubiese estado dormido, pero que sí me despertaron del sueño en que desierto soñaba:

—Entre (con voz de quien realmente despierta —dolorosamente despierta— de un sueño).

—No se le vaya a incendiar el cuarto!

—?

—Pues como ese otro incendio.

—Qué incendio?, dije ya con sobresalto y creyéndolo cerca.

—El de la Catedral, se ha quemado la Catedral.

Esto, más que despertame, me llevó a pensar que yo o el que me hablaba estaríamos dormidos y, más que soñando, envueltos en una negra pesadilla.

Y era realidad. Y venía con toda la brutalidad con que estas realidades vienen siempre.

Al día siguiente, cuando después de Misa vine a sentarme a la mesa, estaba puesta en la máquina la página en blanco. Me llamaba a continuar. Pero entre las dos páginas se había abierto una brecha de abismo. Si se pudiera trasladar al papel el silencio de abismo que abre un corazón parado; o el silencio que resuena en el hueco de aire que ocupa el espacio donde se alzaba, corazón de la ciudad, acogedora, una Catedral de la que no quedan sino cenizas, algún foco de humo y restos informes; o simbolizando todo en otro silencio entre dos instantes, el del último, vivo, de un reloj que anda y el primero, muerto, de un reloj quemado, mientras todas las cosas siguen en el tiempo, sin ese reloj, sin esa cosa que a todas les daba su tiempo. . . ; si se pudiera trasladar ese silencio, yo no hubiera escrito nada y os hubiera mandado sólo su resonancia en esa página en blanco que me esperaba y me llamaba. Porque hasta para que el silencio se sienta —el silencio de un reloj o de un corazón parados—, hay que decir y a veces hasta gritar palabras. Mis versos están llenos de silencios, o, por lo menos, quieren estarlo, como las buenas obras musicales. De silencios que valen mucho más que lo que dicen las palabras; pero hay que poner las palabras para que se sientan los silencios entre los versos.

No continué con el verso roto. Y puse en su lugar:

II

SE HA QUEMADO EL RELOJ

Después las cosas siguen.

Todo sigue

Igual, como si nada hubiera sucedido,

Como si todo fuera junto,

Sin la brecha de abismo

Que lo separó todo,

Que sólo se ha de unir en el recuerdo

Y en aquel gran silencio de la noche

Que cubría unas ruinas y se abría

Sobre el vacío de aire

De la que fue hasta hoy casa de todos.

Después las cosas siguen.
Se le ha parado el corazón al tiempo y...
Todo sigue

Como si nada hubiera sucedido.
Y era todo mayor que las palabras,
Mayor que los poemas...
Era todo en la hora que sonaba
Más allá de la ruina y de la noche,
Mayor que este poema sobre el tiempo
Que no cabe en un nombre.

Ayer, antes de que entrase hasta aquí la noticia por la puerta, había querido entrar por la ventana. Llegaban hasta mí palabras alarmadas: —Sí, del teatro. Una película... Muerte... Y la Tesorería...

Se oía cerca ruido de pasos acelerados y lejos gritos de claxones y sirenas que parecían gemidos. Pero yo estaba demasiado absorto en las carreras del tiempo y en las resonancias de un nombre en la eternidad. Seguían llegando palabras aisladas a las que sólo ahora les doy sentido:

—Sí, toda... Cómo? Un padre! No, quemados. Sí, toilita... y el reloj. Las cuatro.

Recuerdo que, al oír eso, miré yo el mío —eran algo más de las cinco— y seguí con mi nombre desde el tiempo —desde el tiempo del hombre—, buscándoles su verdadero significado al nombre en otro Nombre y al tiempo en la eternidad de ese Nombre: —Cómo se podrán meter todos los instantes del tiempo en la eternidad que cabe en un nombre,

Donde un nombre se dice y una eternidad cabe?

Y cómo todas las palabras en una palabra que todo lo diga sin palabras? Y después, cuando todavía no se ha acabado el segundo movimiento de esta que va resultando mi *sinfonía semisecular*, estar ya, sin quererlo, metido todo en el tercer movimiento, el de los *ex-amigos* o *des-amigos* a los que hay que quemarles el *ex* o el *des*, y el de *losotros* que han de cambiar el *los* por *nos*, para también quemar definitivamente el *otros* y ser todos *unos* en El que *nos* es *Uno-en-Tres*, con el ser nuevo ya anunciado en el primer movimiento...

A todo eso, que al fin viene a reducirse a comunicación de llamas y purificación por fuego —para que sólo sea luz de una vida—, le daba yo vueltas y vueltas. Y mientras tanto... la Catedral ardía.

Cuando entre el confuso vocerío que llegaba por la ventana, sin sacarme de mí, vino a entrar por la puerta la noticia clara, todo aquel fuego interior se me quedó helado, todo se me deshizo en la llama exterior vivamente imaginada, antes que vista, todo hasta el nombre y el tiempo del poema. Aquello era más que todas las palabras. —El dolor y el asombro o atontamiento del golpe inesperado me imposibilitaba entonces para pensar en que de humo ligero y llamas se pueden levantar en el aire de las almas catedrales que superen en belleza y duración a la más bella y sólida Catedral y que también de palabras tan ligeras como el humo y tan ardientes —devoradoras y creadoras— como llamas, se pueden hacer poemas —criaturas vivas— que duren cuando las catedrales hayan desaparecido.

Con el que me había dado la noticia, me asomé a ver lo que desde la galería se alcanzaba. Sólo pude ver el espacio vacío, y el hueco donde antes

siempre y en la noche anterior, por última vez, había visto, amorosamente dominadoras, la cúpula y las torres de la Catedral. Todavía una densa humareda se extendía en el espacio que ellas habían ocupado.

En la ambulancia que trajo a dos monjitas que habían ido a dar su sangre, me fui al hospital en donde me decían que había quemados y heridos. Diez eran los que habían llegado. Cuatro graves, uno con golpes de caída y los otros tres abrasados en todo el cuerpo y cabeza, que tenían envueltos en gasas. Confesé a los más graves. Atendí y consolé como pude a todos. Y me fui a ver el fuego que continuaba manso, acabando de devorar lo que él mismo había derribado.

Luego, con la visión en el alma de aquel hervidero de hombres ya útiles y de aparatos ya eficaces para que el fuego no se propagara y, sobre todo, de aquel brasero que dejaba solo, ardiendo ya callado bajo la noche, fui a consolar con un silencio y un abrazo el dolor para el que no hay palabras. No estaba el señor Arzobispo en palacio. Acababa de ir al hospital a consolar a los heridos y quemados. Le di el abrazo silencioso que le llevaba, en la persona de Mons. Alférez que, traspasado de pena, tampoco tenía palabras sino en los ojos... *El más perfecto pregonero del dolor —como del gozo— es el silencio. Ni el gozo ni el dolor son muy grandes cuando se puede decir qué grandes son.*

Y después... a pensar, a sentir solo, viendo de lejos —ya desde la azotea del Seminario— el resplandor de horno derruido que era el solar —solar que la noche apagaba— de lo que fue, durante 63 años cortos hogar para el calor de todos, y durante aquellas horas eternas, una sola llama inquieta, sonora, tumultuosa, insaciable, que sola se iba devorando a sí misma, después que todo lo había devorado. El humo seguía subiendo de entre el difuso resplandor, como de una carbonera bien encendida.

Y sobre todo ello flotaba el recuerdo —atormentador— de la indiferencia del lucero que vi resplandecer —esa tarde como todas las tardes— y apagarse en el cielo, al otro lado de las llamas de la tierra. Y el cuarto creciente de la luna roja casi sobre ellas, como si las llamas y no el ocaso prolongado le dieran aquer color de sangre. Y la quietud de todo después de la catástrofe.

—No, me decía, la naturaleza no siente. Todo estaba igual que cuando nada ha sucedido, que cuando aún todo está junto, sin esa brecha de abismo que separaba de todas las demás una hora —la última hora, las cuatro— que daba el reloj que en ese mismo momento, con la última campanada, iba a dejar de sonar para siempre, derribado con su torre y consumido él también por las llamas. El fuego, el inocente fuego de la tierra, no arrancado violentamente del cielo, sino contenido en aquello mismo que alienta o devora, el inocente fuego devorador que había arrasado con todo, consumía también al que, pareciendo devorar al tiempo, solamente nos lo medía —nos medía en el tiempo que nosotros somos—, señalando y anunciando las horas de nuestra medida, para que llegáramos a todo a tiempo.

—*Se ha quemado el reloj!*, era el quejido de todos los que miraban, al pasar y deteniéndose, el sitio donde siempre habían visto su esfera, oyendo al mismo tiempo el ritmo de su corazón en el pulso.

En mi recuerdo y en toda la noche, se oía el silencio de aquella última campanada:

—Yo fui el último, me decía aquel herido, con todo el cuerpo negro, con olor aún a chamusquina, golpeado, pero sin quemaduras graves, yo fui el último que oyó sonar de cerca aquellas campanas. Las que yo mismo

estaba tocando a rebato y la del reloj que dio las cuatro, cuando me había echado de la torre. Aquella campanada última fue la que me dolió más...

La campanada última en que tantos se fijaron, como si después de ella ya no hubiesen de tener más tiempo, como si después de ella empezara la eternidad:

El sonido de aquella campanada
Que cayó en un silencio tan profundo,
Que ningún eco de otras
 que la siguiesen pudo levantarla
Y suena —aún suena— sobre el eco mudo.

Aquella última campanada es la que nos ha dejado abierto el abismo que hay entre lo que todavía —un momento— es y lo que de ello no será ya nunca: la campanada que ya siempre ha de estar sonando en el silencio; la que sólo podremos oír —y no podremos dejar de oír— en el recuerdo:

Después, las cosas siguen. Todo sigue
Igual,
 como si nada hubiera sucedido...
Sólo el reloj que el fuego ha devorado
Sigue sonando, sigue
 dando su hora —las cuatro— en el vacío.

Esa hora será eterna:

Todo lo sonará con su silencio
La última campanada
Del reloj que medía nuestro tiempo
Y ya en su eternidad, como una llama,
Todas las horas da con su silencio.

Su hora será eterna,
Hora de luz nacida de este fuego:
La hora que separa
Lo que fue y lo que ya no será nunca
 de lo que aún sigue siendo.

Se ha marchado la luna indiferente
E indiferente se apagó el lucero.
La noche calla en todo lo que ha sido
Y sigue vivo, y sigue, en el recuerdo
Y en esa hora eterna
 —última campanada de las cuatro—
Que hizo de luz el fuego
De un reloj que ya no es y suena y suena
 y suena en el silencio.

Angel MARTINEZ, S. J.